

La universidad en tiempos de incertidumbre

Johan Méndez Reyes y Lino Morán Beltrán

Universidad del Zulia

Postdoctorado en Ciencias Humanas

reymanjoh@hotmail.com; lmoran77@hotmail.com

Resumen

El presente ensayo tiene el propósito reflexionar sobre las universidades latinoamericanas, en un contexto mundial de incertidumbre producto de la crisis del modelo político, económico y social del capitalismo neoliberal. Es un estudio hermenéutico. Del análisis realizado se concluye, que si bien es cierto que la nueva transformación universitaria es una necesidad que exige la realidad, es una tarea ardua y un desafío difícil para los universitarios de nuestra América. Para contribuir a un mundo en el cual muchos mundos sean posibles, serán necesarios procesos de descolonización del saber y del ser, dadas como alternativas a la modernidad.

Palabras clave: Universidad, incertidumbre, pensamiento utópico, pensamiento crítico.

The University in Times of Uncertainty

Abstract

The purpose of this essay is to reflect about Latin American universities in a world context of uncertainty, product of the crisis produced by the political, economic and social model of neoliberal capitalism. It is a hermeneutic study. Conclusions of the analysis are that, although it is true that the new university transformation is a need demanded by reality, it is an arduous task and a difficult challenge for

university students in our America. To contribute to a world in which many worlds are possible, decolonization processes of knowing and being will be necessary, given as alternatives to modernity.

Key words: University, uncertainty, utopian thought, critical thinking.

1. INTRODUCCIÓN

Crisis e incertidumbre. La necesidad de una nueva universidad

El mundo contempló atónito cómo durante los años 90 todo el esfuerzo revolucionario de Europa del Este se desvanecía, cómo la URSS se desintegraba ante la mirada festiva de las sociedades capitalistas de occidente, y tras su derrumbe el aparente fracaso de la teoría socialista para la construcción de un mundo alternativo al capitalismo. Todo apuntaba a la certificación de una máxima: el capitalismo es la única vía para el progreso. Esta verdad repetida hasta la saciedad por los papas de las ciencias sociales hizo mella incluso en los teóricos de la izquierda mundial, muchos de los cuales refugiándose sobre sí mismos, se hicieron cómplices al guardar silencio.

Con la caída del Muro de Berlín cayeron todos los resguardos y el capitalismo en su modalidad salvaje empezó a subyugar el planeta. Hoy, sus consecuencias devastadoras de agravamiento del desempleo estructural, exclusión social y destrucción del Estado Social se observan en todas las regiones, inclusive en los ricos países del Norte. Muestra de ello son los acontecimientos recientes en Grecia, España, Islandia, Italia, Estados Unidos, con los cuales se pone en evidencia la crisis estructural del capitalismo.

Como reacción a esta crisis, por todas partes emerge de distintas maneras la resistencia de las personas y los grupos afectados. Ellos centran su crítica y resistencia en el sistema financiero y en las instituciones que los protegen (FMI, Banco Mundial, OTAN), el comercio mundial liberalizado, el autoproclamado gobierno mundial de los países del Grupo de los Siete, entre otros. Existen cada vez más movimiento y redes que articulan demandas emancipatorias, libertarias y de reconocimiento como parte de sus estrategias antisistémicas de resistencia y lucha por el capital. La mayoría de estos movimientos tributan a la dimensión utópica liberadora del pensamiento social crítico frente a las consecuencias genocidas –humanas, ecológicas, socioculturales- del paradigma depredador de la modernidad capitalista potenciado por la globalización neoliberal.

Este panorama caracterizado por la crisis estructural del capitalismo y la emergencia de la resistencia de los movimientos sociales imponen a las universidades latinoamericanas y venezolanas en particular, superar el viejo modelo del sistema universitario. Hoy, esta situación exige repensar nuestra visión de educación y ahondar en los factores sustantivos que pueden constituir el andamiaje de una propuesta educativa emergente, más allá de las formas, las modalidades o los sistemas administrativos, -muchos de ellos- limitados a la modernización de la planta física o a la dotación tecnológica. Se requiere una búsqueda y una reflexión en torno a los fundamentos filosóficos, políticos y pedagógicos de un paradigma educacional que oriente sus perspectivas hacia la transformación social y a la formación plena de personas y sus capacidades, de cara a la construcción de nuevas estructuras y relaciones sociales basadas en la justicia, la equidad, la solidaridad, la paz, la tolerancia y el respeto al ambiente.

Fácil sería encontrar un modelo que se ajuste a estas aspiraciones, pero debemos aceptar que la incertidumbre sobre el modelo de universidad que aspiramos constituye un reto a la creatividad y a la sensibilidad para poder interpretar los signos de nuestro tiempo en la magnitud de su complejidad. Solo una premisa, a nuestro juicio, ha de ser considerada: la universidad ha de ser transformada.

Nuestras universidades, desde tiempos coloniales han sido instituciones enclaustradas que limitaron su acción a formar profesionales que la sociedad elitista demandaba para el resguardo del orden social vigente. Han sido en esencia instituciones clasistas. Solo la emergencia de una nueva estructura de poder dispuesta a reordenar el viejo orden puede liberar a los universitarios de esas ataduras. Emancipar a los estudiantes, encauzando su rebeldía a favor de la edificación de una sociedad solidaria. Liberar a los profesores del colonialismo epistemológico que la racionalidad moderna le impuso; recuperando a los desinteresados o indiferentes y proscribiendo de los órganos de dirección a los agentes del viejo orden que impiden la refundación de la universidad y se oponen a la transformación de la sociedad.

Estas transformaciones no solo son necesarias, sino urgentes, el proceso de globalización neoliberal –aun cuando está herido y en crisis- no ha perdido su hegemonía. Avanza implacable sobre los pueblos del planeta. Impone sus recetas. Muestra de ello sea el acelerado proceso de privatización de la educación universitaria en países como en Chile,

Perú y Colombia, solo por nombrar los más cercanos, que son expresión de la discriminación que en materia universitaria se viene instalando al amparo de los organismos financieros internacionales.

Nuestras instituciones universitarias han venido estando cimentadas en la concepción de universo heredado de Kepler, Galileo, Copérnico, Newton. Son en sí mismas un universo frío, helado, de esferas celestes, de movimientos perpetuos, de medida, de equilibrio. Ahora bien, esta manera de organización tiene su manifestación epistemológica, producto también de la cultura occidental. Nuestras instituciones universitarias están proyectadas sobre una concepción de la ciencia que aspira a la validez universal, negándole a otros saberes importancia y validez. Es pues una ciencia hegemónica, como hegemónico pretende ser occidente desde sus postulados culturales, económicos y políticos. Sobre esta epistemología pesa un tremendo determinismo. Nos impone qué hay que conocer, cómo hay que conocerlo, lo que hay que conocer. Manda, prohíbe, traza las rutas, establece balizas, alza las alambradas de espinas y nos conduce allí donde debemos ir (Morin, 1999).

2. EL PENSAMIENTO CRÍTICO COMO IMPERATIVO UNIVERSITARIO

La transformación universitaria se presenta desde esta perspectiva como la apertura a una nueva forma de acción pedagógica que permita incorporar los elementos culturales, sociales, políticos y éticos que caracterizan a nuestra América. Entendiéndose con esto, una perspectiva que no brote de la historia sancionada como universal ni de la cultura que hasta ahora ha determinado con predominio casi exclusivo el curso de los *pensa* de estudios universitarios, sino que provenga precisamente de horizontes culturales distintos que hasta ahora no habían sido tomados en cuenta en nuestras universidades.

La Universidad latinoamericana ha de ser entendida como aquella institución que lleva consigo un cuestionamiento crítico a toda la tradición del pensamiento occidental, dado que esta tradición ha pretendido ser universal y a su vez se ha establecido como norma paradigmática de toda acción epistemológica, cultural y política. Por ello la transformación universitaria latinoamericana, implica de por sí el cuestionamiento de la comprensión, dada por universal, de occidente. Las universidades en nuestra América han de generar una cultura alejada de los centros he-

gemónicos del poder económico y cultural, logrando una perspectiva que permitan tener acceso al conocimiento, desde lo que llama Fornet Betancourt (1992) el reverso de su historia oficial, de su vertiente occidental, para juzgarla y reinterpretarla como una forma de reflexión cuyas categorías, conceptos y racionalidad, en suma, no son entidades desencarnadas, sino resultados ligados a una determinada vida cultural y cuya universalidad, por consiguiente, está en el mejor de los casos, situada culturalmente y es, en cuanto tal, regional hasta cierto punto.

Desde esta nueva y distinta perspectiva de reflexión, se presupone un reencuentro de nuestra universidad con su propio suelo cultural, como criterio posible para discernir desde ese fondo el sentido de un accionar político auténticamente nuestroamericano.

Una verdadera transformación universitaria latinoamericana implica, entonces, el desenmascaramiento del eurocentrismo en los planes y proyectos educativos, ella ha de ser la crítica radical del proceso milenar por el que la cultura ha ido girando, centrándose y enredándose en las potencialidades del ámbito europeo. En realidad la superación del eurocentrismo se presenta como imprescindible para el reconocimiento de la diversidad de saberes de otras culturas.

Esta propuesta de superación del eurocentrismo, ha de ser impulsada por nuestras universidades; no debe ser malentendida en el sentido de que se la interprete como una reacción antieuropea cuya verdadera intención fuese la de desplazar el centro de la cultura de Europa a América Latina. La crítica al eurocentrismo no es para hacer valer otros centros, sino para procurar un reconocimiento de otras culturas de probada riqueza discursiva y reflexiva. De esta forma, permite una revaloración de la propia tradición cultural latinoamericana, que busca la integración a título de igualdad en una universalidad real y no monopolizada por ninguna cultura. Es cierto que se busca lo propio, pero no para aislarlo y afirmarlo en una diferencia pretendidamente autosuficiente, sino para comunicarlo, es decir, para serlo en comunicación y comunión con otros o como dirá Fornet Betancourt para establecer “un diálogo intercultural en la que cada posición cultural propia sea relativizada en sí misma...” (1992: 24).

En el contexto de las universidades latinoamericanas, vale preguntarse qué función tiene el pensamiento crítico en nuestras sociedades, en las que mayoritariamente se ha impuesto el pensamiento único de clara estirpe neoliberal, impulsado por los medios de comunicación, las uni-

versidades autónomas, las clases dominantes y las multinacionales. Esto ha hecho que ciertos escritores, investigadores y profesores universitarios, provenientes de la izquierda, se convirtieran en los intelectuales orgánicos de las viejas y nuevas formas de dominación capitalista e imperialista, llegando al extremo de que hoy algunos plumíferos justifican y aplauden como legítimas las acciones ilegales del sistema capitalista. Como afirmara Vega Cantor: "... Estos mercenarios del pensamiento, que han alquilado y vendido su conciencia a muy bajo precio, cumplen la función de justificar la privatización de los servicios públicos, la guerra, las supuestas ventajas del libre mercado" (2008: 7).

Los intelectuales críticos, dentro y fuera de la universidad, deben preservar en la labor de desentrañar todas las formas de explotación, opresión y sometimiento, asumiendo el papel de cuestionar las mentiras que a diario nos repiten los medios de comunicación masiva y los intelectuales domesticados, que sólo buscan embellecer la realidad y nublar el entendimiento de la gente con el pretexto de que la historia ha colmado sus aspiraciones en el sistema capitalista. El papel de esos intelectuales críticos es el de ayudar a diseñar instrumentos analíticos, adecuados a las urgencias de nuestra época, que ayuden a descifrar la realidad en todas sus dimensiones, sistematizando las experiencias de los movimientos sociales a través de la historia y contribuyendo a construir alternativas que recuperen la esperanza.

En este sentido, la Universidad latinoamericana, al igual que capacita a las personas para entrar al campo laboral, debería educarlas para: combatir las desigualdades laborales, radicalizar la democracia en las organizaciones laborales, superar las injusticias que contradicen la libertad y dignidad humana. La educación Universitaria –como afirma Henry Giroux- “es más que la preparación laboral y la creación de conciencia; también es imaginar diferentes futuros y políticas como forma de intervención en la vida pública”(2008: 131).

De lo que se trata, según plantea Vega Cantor (2008), es de recalcar que el conocimiento tiene una función social, máxime si presume de ser crítico, porque en la actualidad es urgente recrear la educación política de las nuevas generaciones, evitando los manuales que tanto daño nos hicieron, para incentivar a la gente a pensar por cuenta propia, a no tragar entero lo que dicen los medios de desinformación, ni a creer en toda la propaganda que nos anuncia a diario que estamos ante el fin de la historia y que enfrentar al capitalismo es inútil porque ante el mismo no existen alternativas.

En este sentido, reivindicamos un tipo de reflexión proscrita en el mundo académico de nuestras universidades, que recupera el lenguaje clásico de diversas vertientes emancipatorias, entre las cuales sobresalen variadas interpretaciones marxistas, ambientalistas, feministas, anarquistas, indigenistas y críticas de la razón instrumental. Esa reflexión no ha buscado quedarse en la mera contemplación, sino que busca construir con comunidades educativas, docentes y sindicales, entre otras, propuestas teóricas y metodológicas que permitan acercarnos a la comprensión de este mundo, así como en el diseño de instrumentos de conocimiento que integren a grupos humanos, a partir de sus necesidades y expectativas concretas, con el propósito de reconocer aquellas fuerzas antidemocráticas que niegan la justicia social, política y económica y de estar dispuestos en dar sentido y razón a sus experiencias en la lucha por un mundo mejor.

Una verdadera transformación universitaria debe estar orientada a romper con las estructuras disciplinadas de las Escuelas y Facultades, de las especializaciones restringidas para que se pueda analizar, desde la perspectiva de las teorías de la complejidad, los grandes problemas de la humanidad, tales como el ecocidio planetario, las formas de explotación del trabajo, la mercantilización de todo lo existente, el impacto contradictorio de la tecnociencia, las transformaciones educativas y su relación con las políticas imperialistas del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

Todo esto pone de manifiesto la necesidad de un nuevo saber. Un saber que tiene como cimiento al sujeto, o mejor dicho a la vida del sujeto, es decir un saber construido desde una perspectiva ética.

La propuesta epistemológica de la complejidad pone en tela de juicio a los ideales de conocimiento propios de la racionalidad clásica –surgida a la luz de la modernidad–, que fracciona la realidad en parcelas para luego ser abordadas por diversas disciplinas científicas las cuales han pretendido desentrañar los enigmas del mundo. En el marco de una transformación universitaria se debe buscar articular los parcelamientos disciplinarios –quebrados por el pensamiento disgregador– a fin de construir un conocimiento multidimensional que se oponga a la supremacía de una ciencia sobre cualquier otra, a una omniracionalidad. Se trata, en principio, del reconocimiento de los lazos existentes entre las entidades que nuestro pensamiento debe necesariamente distinguir, pero no aislar entre sí.

En este sentido, las palabras de Edgar Morin son esclarecedoras cuando nos dice que: “el pensamiento complejo está animado por una tensión permanente entre la aspiración a un saber no parcelado, no dividido, no reduccionista, y el reconocimiento de lo inacabado e incompleto de todo conocimiento” (2004: 23). Esto hace necesario, ante todo, tomar conciencia de la naturaleza y de las consecuencias de los paradigmas que mutilan el conocimiento y desfiguran lo real. Se trata de la negación absoluta de cualquier dogma que disgregue, parcialice, aíse los objetos de sus ambientes, desvincule al observador de la cosa observada. Se trata de un punto de vista que cuenta con el mundo y reconoce al sujeto. Más aún, dice Morin (2004), la epistemología de la complejidad “presenta a uno y otro de manera recíproca e inseparable” (p. 24) . “A partir de aquí el problema del sujeto que se nos impone no es un problema de subjetividad en el sentido degradado en el que este término significa contingencia y afectividad, sino que es la interrogación fundamental del sí sobre sí mismo, sobre la realidad y la verdad” (Morin, 1999:111). Es un problema que tiene que ver con la naturaleza bioantropológica y sociocultural del conocimiento.

De allí que, una radical transformación universitaria debe estar orientada a permitir que profesores, alumnos y comunidad en general aprehendan un panorama amplio de los principales cambios mundiales e indaguen cómo inciden en diversos aspectos de nuestra realidad cotidiana, y cómo podría aprovecharse esa información en el trabajo intelectual y político práctico en el aula de clase, en el barrio, en el sindicato y en otros espacios.

El pensamiento crítico, en nuestra América y por ende en nuestras universidades, tiene que ser anticapitalista y antiimperialista, feminista, contra toda hegemonía del patriarcado, ecologista, intercultural, porque si ha de ser crítico tiene que ir a la raíz de los problemas y quien quiera entender y transformar la injusticia y la desigualdad hoy en nuestro continente en el sentido profundo del término se encontrará en el camino, tarde o temprano, con esta realidad. La perspectiva crítica permite, en nuestro entender, ir al fondo del asunto de lo que hoy acontece en el mundo y en nuestro continente, porque nos recuerda que es menester ir más allá de las apariencias relucientes de las mercancías y de los supermercados, hasta los hombres y mujeres de carne y hueso que soportan en la vida diaria la explotación, en las maquilas, en las zonas francas, en las fábricas de sudor y de muerte, pero también en las oficinas, en las escuelas,

en los consultorios y en todos los lugares de procesamiento informático. Porque los trabajadores siguen existiendo, a pesar de las transformaciones experimentadas por el mundo laboral en las últimas décadas, y continúan siendo el soporte fundamental del capitalismo, quien recurre como siempre a la extorsión de fuerza de trabajo como fuente de acumulación y de ganancia, sin importar la forma ni el tipo de trabajo que se realice.

Por último, una característica distintiva del pensamiento crítico radica en plantear y volver a insistir en que no se conoce por conocer sino con una finalidad política expresa de carácter emancipatorio, yendo contra las tendencias pasivas, contemplativas y conformistas. Por ello, el pensamiento crítico debe seguir acompañando las luchas de los oprimidos, aprendiendo de la historia y de la realidad de esas luchas y bosquejando salidas a la crisis civilizatoria de nuestro tiempo.

Es imprescindible recuperar la historia de las luchas de los pobres, oprimidos y explotados del continente, porque ellas son un espejo para el presente y el futuro. Las experiencias de indígenas, afrodescendientes, campesinos, obreros, mujeres pobres, recorre la historia de América Latina, como un ejemplo vivo y palpante. Con sus sueños y expectativas han proyectado otro tipo de vida y de sociedad, con valores de igualdad, ayuda mutua, cooperación, sacrificio y entrega. Todos estos valores cobran actualidad, ante la avalancha individualista propia del capitalismo, que pregona todos los días, como características supuestamente innatas al ser humano, el egoísmo, la sed de ganancias, el aplastamiento del adversario, el fetichismo de la mercancía y del dinero (Vega, 2008).

Es desde esta perspectiva que consideramos que la transformación universitaria requiere de una práctica de liberación y descolonización del saber, lo que amerita tomar conciencia de que la ciencia y la técnica modernas han devenido en instrumento imperial para reprimir las subjetividades.

Hoy se impone la imperiosa necesidad de construir estructuras de conocimientos que surjan de la experiencia de la humillación y marginalización, experiencias estas generadas por la puesta en marcha y la constante actualización de la matriz colonial de poder. Cuestión, de tal magnitud, que no tiene solución con simples políticas públicas y generosidad. Para alcanzar un mundo en el cual muchos mundos sean posibles, serán indispensables procesos de descolonización del saber y del ser, da-

das como alternativas a la modernidad y a la civilización que plantea el capitalismo en todas sus facetas.

3. DE LA UNIVERSIDAD QUE TENEMOS A LA UNIVERSIDAD QUE SOÑAMOS

La naturaleza disciplinar, junto a la omnipresencia epistemológica positivista, al exacerbado cientificismo y la inmediatez de sus proyectos de investigación, no han dejado espacio a la utopía en nuestras universidades. Si partimos del hecho de que el pensamiento social de América Latina ha estado marcado por una tradición utópica significativa, un proceso de transformación universitaria ha de contemplar la consideración de esa tradición utópica presente en el acervo de las ideas latinoamericanas. Al parecer de Yohanka León (2006), si nos ubicamos desde lo que conocemos como América Latina: un gran mosaico étnico, social y político, y lo tomamos como una totalidad concreta construida y constituyéndose en el curso de una polémica y controvertida historia, y su expresión en el pensamiento social, podemos determinar dos formas generales y centrales, dos figuras, en las que se ha expresado la utopía al interior de este pensamiento, las que han estado y son subyacentes a la complicada conformación y evolución de las sociedades latinoamericanas: “La utopía de la unidad latinoamericana y la utopía de la liberación latinoamericana” (León, 2006: 58).

En este sentido consideramos que las universidades latinoamericanas y las venezolanas en particular, han de tributar al proceso de unidad latinoamericana, dado que es este el ideal que define el sentido de América Latina a partir de su unidad como una sociedad identificable en su identidad (lingüística, religiosa, cultural e histórica) y es el medio eficaz para enfrentar a las fuerzas foráneas, agresivas y destructoras, históricamente identificadas como la colonia española y hoy la presencia económica del capital norteamericano. Es el sueño de una gran comunidad de pueblos unida por el espíritu de la libertad y en el cual la diversidad de razas y culturas haga olvidar todo odio entre naciones al ser el sedimento donde crezca la convivencia humana.

Durante las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del siglo XIX fue relevante la presencia de esta práctica utópica. Durante este período se produjeron la mayoría de las gestas de independencia y se trazaron los lineamientos teóricos de una gran patria continental. Francisco de Miranda ideó el primer proyecto utópico de carácter integrador pensado para la tota-

lidad de Nuestra América. *Colombia*, denominaba esa gran nación americana del sur que no existía ni había existido, pero que se imponía como una urgente necesidad si se quería ejercer a plenitud el ser propio. En términos bolivarianos, la *Carta de Jamaica* recogerá luego lo que constituye desde entonces la utopía por excelencia de esta América al sur del río grande. Este proyecto de unidad continental respondía –y responde aún en la actualidad– a la necesidad de contrarrestar amenazas imperiales que procuraban desvirtuar el sentido de la emancipación (Bohórquez, 2005).

En estas mismas sendas utópicas, se inscriben la obra de Simón Rodríguez, San Martín, O'Higgins, Artigas, y tantos otros que se dieron a la tarea de poner fin a tres siglos de coloniaje, lo que impone al ideario utópico latinoamericano pasar de la mera especulación al diseño y puesta en marcha de una praxis destinada a superar la justicia y la esclavitud. A finales del siglo XIX, los contenidos utópicos se radicalizan ante la amenaza del imperialismo norteamericano el cual representaba una amenaza similar al dominio de España. Esto encontró su expresión más emblemática en el pensamiento y la acción política del cubano José Martí.

El ensayo *Nuestra América* de José Martí es el texto más radical y representativo de la utopía de la unidad latinoamericana. Además del independentismo y el latinoamericanismo de la utopía bolivariana, Martí enfatiza el sentido antiimperialista de la unidad. El proyecto de una segunda independencia para América Latina es la vía de alcanzar la unidad como proceso de emancipación de los pueblos latinoamericanos de la acechante amenaza que para ellos tiene la expansión e injerencia en sus asuntos internos, así como el desprecio de los EE.UU. La dimensión utópica del antiimperialismo martiano es la postulación de la superación histórica de la realidad y del ideal perfectible de injertar el mundo en nuestros pueblos, pero que el tronco siga siendo nacional, con la advertencia de que “El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de Nuestra América” (Martí, 1977).

Hoy, ante las actuales circunstancias históricas de dominio neoliberal que promete una utopía de sacrificio temporal por el que tendrán que pasar las sociedades latinoamericanas al aceptar como realidad irremediable la totalidad de un paquete de reajustes económicos, se abre una nueva dimensión utópica de unidad latinoamericana. En primer lugar aparece la necesidad de la crítica a esta utopía conservadora que se pretende realismo tácito y que presenta la utopía de la unidad como discursos desactivados, ilegítimos y fracasados. He aquí un escenario donde

nuestra universidad está obligada a participar. La unidad latinoamericana es hoy una utopía revolucionaria más que conservadora. Es la utopía de la unidad en la solidaridad, por la esperanza y la defensa de la identidad cultural. La evaluación crítica e histórica a esta utopía, como concepto trascendental es una tarea insoslayable para todo universitario cuando la realidad que la gestó no ha sido aún trascendida (León, 2006).

Otra figura que adopta la utopía en América Latina es la utopía de la liberación. Ella ha caracterizado básicamente todo el pensamiento y la acción social y política en las diferentes etapas de la historia de América Latina. La liberación como ideal, horizonte de sentido de la praxis y la teoría se ha visto como proceso, de humanización general del hombre latinoamericano desde el plano político, económico, cultural y espiritual.

Esta orientación del ideario utópico latinoamericano si bien está presente en el pensamiento político independentista, va mucho más allá y hoy continúa latente. Múltiples han sido los proyectos libertarios puestos en marcha: Sandino, Zapata, entre tantos otros, han sido expresión de esta vocación. Otra de las formas en las que se presenta la utopía de la liberación es en el pensamiento marxista que empieza a tomar fuerza en América Latina en la segunda década del siglo XX. La idea de liberación dentro del marxismo ha sido motivo de reflexiones teóricas de diferente carácter. En líneas generales la liberación se entiende por este pensamiento como un proceso de desenajenación del hombre de las fuerzas sociales históricas del capitalismo. La mediación en la que esta utopía se realizaría es a través de la superación de la lucha de clases y de la liberación del trabajo vivo, en una sociedad donde se tiene como objetivo la satisfacción plena de las necesidades humanas (León, 2006). En el marxismo el tema del estado, las clases sociales, se conjugan con la propuesta de la construcción del *socialismo*, como una sociedad que por la planificación económica alcanzaría el objetivo planteado. En estas sendas se encuentran las obras de Mella, José Carlos Mariátegui, Ernesto “Che” Guevara, Fidel Castro, así como la de los teóricos de la dependencia, de la teología y pedagogía de la liberación.

En la actualidad son múltiples las expresiones integracionistas en nuestra América - ALBA, UNASUR, CELAC, entre otras-, que vienen siendo impulsadas por los procesos de transformaciones políticas que se viven en Bolivia, Nicaragua, Ecuador, Uruguay, Paraguay, Brasil, Cuba y Venezuela, y ante los cuales nuestras universidades han de ser espacio para su debate, seguimiento y concreción.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Los ideales de la sociedad occidental en su modelo capitalista muestran signos de agotamiento, que ponen en evidencia que desde la lógica de esa racionalidad es imposible solucionar los problemas surgidos en su seno. Ante esa situación emerge la necesidad de transformar las universidades acordes a las exigencias de los retos que se asumen desde los movimientos sociales.

La Universidad latinoamericana, en este sentido, debe generar un cambio de conciencia, como condición para pasar de la inmersión pasiva de la sociedad a una capacidad de acción y lucha por su transformación. Este tomar conciencia es apropiarse críticamente de la situación, desde su perspectiva histórica y política. La toma de conciencia conduce a un encuentro de sujetos, que se reconocen en sus diversidades como seres concretos enfrentados a la urgente necesidad universal de preservar sus vidas y la de las futuras generaciones. La existencia humana en tanto humana, no puede ser muda, silenciosa, ni tampoco nutrirse de falsas palabras, sino de palabras verdaderas con las cuales los hombres y las mujeres transforman el mundo.

Por ello es menester que la Universidad en Latinoamérica cultiven una conciencia social y política sobre la situación regional, nacional y mundial. Ser universitario en Latinoamérica, se puede decir, significa estar vitalmente conectado con las luchas revolucionarias que el pueblo protagoniza, apoyarlas, orientarlas, aclararlas. Ser universitario es, pues, ser humanista: comprometido políticamente para ser la mejor ciencia y conciencia de estas luchas. La alternativa está planteada: la universidad debe ser o revolucionaria o reaccionaria. Una universidad revolucionaria es la que mejor desarrolla el humanismo tal como debe ser entendido en Latinoamérica: como compromiso político.

Esta nueva universidad –concebida como la intérprete activa del mensaje político del pueblo al que sirve como institución– será una “síntesis” en la cual quedará incorporada la vieja idea de la *universitas* occidental conjugada con una de las más profundas apetencias del hombre latinoamericano: su pasión por lo político como expresión de lo humano. La universidad será entonces la institución del saber puesta al servicio de lo político: de la vida de la polis, del pueblo, de la comunidad.

Las universidades deben ser consideradas como parte de las luchas por el progreso y la independencia nacional, con miras a la igualdad de

clase y la justicia social. Por ello, hay que conectar la universidad a todos los espacios, a los reclamos de la industria, al campo, a la salud, al trabajo, a la vivienda, etc., con el propósito de ofrecer soluciones palpables que ayuden a consolidar la revolución científico-técnica del continente.

La universidad, en tiempos de incertidumbre, ha de ser el producto de una síntesis creadora, impulsada por los cambios necesarios que demandan los problemas sociales del país y del continente. Ella tiene que convertirse en una institución apta para transformarse en centro elaborador de una cultura nacional, con docencia sensible a los cambios sociales que reclaman la estructura económica y social de la sociedad, que aporte con su acción específica al proceso de la revolución venezolana y latinoamericana, y que entronque con las necesidades de la ciencia y del pueblo.

Las sociedades latinoamericanas requieren de hombres y mujeres nuevos capaces de asumir la defensa de la soberanía del pueblo y de utilizar los recursos naturales y humanos en pro de las mayorías. Estos hombres y mujeres deberán formarse en la nueva universidad y no han de ser utilizadas por monopolistas extranjeros, cuyo beneficio es individual. Por ello, la universidad unida al pueblo, tendrá la responsabilidad de construir y poner en marcha un proyecto social, económico, político y cultural que incluya a las mayorías.

La universidad es el espacio para la reflexión crítica que debe asumir la herencia de la tradición histórica del pensamiento utópico que ha vendido caracterizando el pensamiento nuestro americano. Las utopías en Latinoamérica nos permiten reivindicar nuestros derechos a pensar una sociedad mejor, una sociedad con nuevo orden. La universidad debe asumir la crítica de la actual situación de dependencia económica y de alineación cultural en aras de fundamentar la legitimidad de una sociedad libre, soberana, independiente, justa y solidaria.

La realidad latinoamericana exige una universidad que incorpore el sentido utópico como necesario para la transformación que requiere nuestras sociedades y hacer realidad el nuevo orden deseado de justicia social y libertad desde una identidad propia, son los anhelos compartidos, no solo por nuestro más insignes pensadores sino también, por los pueblos de nuestra América.

Referencias documentales

- BOHORQUEZ, Carmen. 2005. "Utopía". En **Pensamiento Crítico Latinoamericano**. Tomo III: 1033-1040. Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez. Santiago de Chile (Chile).
- FORNET BETANCOURT, Raúl. 1992). **Estudios de Filosofía Latinoamericana**. UNAM, México (México).
- GIROUX, Henry. 2008). **La Universidad secuestrada**. Centro Internacional Miranda. Caracas (Venezuela).
- LEÓN, Yohanka. 2006. "Historia y lógica del concepto de utopía". En **Utopía y praxis Latinoamericana**. N° 34: 55-78. Universidad del Zulia. Maracaibo (Venezuela).
- MARTÍ, José. 1977. **Nuestra América**. Biblioteca Ayacucho. Caracas (Venezuela).
- MORIN, Edgar. 1999). **El Método. La naturaleza de la naturaleza**. Ediciones Cátedra. Madrid (España).
- MORIN, Edgar. 2004. **Introducción al pensamiento complejo**. Editorial Gedisa. México (México).
- VEGA CANTOR, Renán. 2008. **El pensamiento Crítico en un mundo Incierto**. Caracas (Venezuela).